

## PSICOMOTRICIDAD EN INICIAL

Parte importante de las experiencias que viven nuestros niños se da a través de diferentes sesiones de juego y movimiento que se complementan entre sí. Una vez a la semana los niños acuden a un espacio que suele ser el mismo, con una disposición de materiales y una rutina que se repite en cada sesión. La propuesta de los niños es la que varía. La permanencia del espacio, los materiales y la rutina, le permite al niño anticiparse y planear lo que hará en el tiempo y lugar del que dispone. Tienen la posibilidad de organizar sus propios juegos y establecer sus propios retos, en un ambiente seguro, con el acompañamiento de un adulto y con reglas previamente establecidas, de manera que todos puedan disfrutar del juego



Otro día de la semana, participan de sesiones que se llevan a cabo en un espacio abierto como el patio o cerrado como el gimnasio, el auditorio o la piscina. En este caso, es el maestro el que da alternativas de juegos sobre la base de los intereses y necesidades de los niños, y ellos eligen por dónde empezar y cómo alcanzar la meta propuesta. Además, hay otras situaciones cotidianas que no dejan de ser parte de estas experiencias y que son oportunidades para observar el desarrollo natural de cada niño como por ejemplo el recreo, en el que vemos qué juegos prefiere cada uno: juegos individuales o grupales; juegos en los que corren por todo el espacio o en los que trepan, saltan, se resbalan; juegos en los que hacen uso de la arena para llenar, vaciar, construir; juegos de reglas como el fútbol o la chapada; u otros que son fruto de su imaginación y creatividad como “los perritos”.

El trabajo en el aula permite ver cómo el niño va adecuando su cuerpo a situaciones más formales, esto es, cómo se sienta en una silla o en la alfombra, cómo hace uso de los materiales y juguetes de los que dispone, cómo se desplaza en un espacio en el que hay mesas y otros elementos, cómo regula sus movimientos y su cuerpo para realizar actividades que requieren un mayor control de la postura.



Acompañamos a los niños en su proceso de conocerse a sí mismos, al descubrir sus habilidades, intereses y sentimientos y de sentirse a gusto con ellos. Los ayudamos a pasar de la dependencia a la autonomía, es decir, de ir haciendo uso de esas destrezas y habilidades que van descubriendo para resolver situaciones cotidianas, de manera independiente. Estamos con ellos para apoyarlos en su manera de actuar y responder, guiados en un principio, por sus impulsos, para luego tener la capacidad de regular sus intereses, deseos y necesidades a las situaciones que se van presentando en un ambiente de relación con el otro.

El espacio de psicomotricidad en la escuela nos brinda una situación privilegiada, en la que el niño encuentra las condiciones para vivir con seguridad toda experiencia corporal que le va permitiendo hacerse cargo de sí mismo, de sus intereses, elecciones, deseos y disgustos, para explorar, conocer y vivir, mientras va desarrollando las destrezas y habilidades motoras, cognitivas y afectivas propias de la etapa de desarrollo en la que se encuentra.

Las experiencias que relato a continuación permitirán comprender con mayor claridad las situaciones a las que hago referencia.

Durante una sesión de psicomotricidad, observaba desde la distancia a los niños que trepaban por las mesas dispuestas para ello y saltaban a la "piscina", un colchón circular lleno de trozos de esponja. Cada uno de los niños que se acerca a esa zona, lo hace a su manera. Algunos, decididos, no dudan en trepar, pues manejan ya la forma de hacerlo, apoyando una pierna, impulsándose con los brazos o con las manos; otros se toman su tiempo, van reconociendo su cuerpo, su postura y qué movimientos hacer para conseguir trepar hasta lo alto. Cuando llegan arriba, algunos se lanzan directamente a la "piscina", llevados por su deseo de sentirse en el aire, de sentir la caída y su cuerpo en contacto con lo blando, lo fresco y áspero de la tela; otros se detienen un momento para disfrutar del logro, ver desde arriba todo lo que está por debajo de su altura, otros mira hacia arriba, el techo tan cerca, las vigas que provoca agarrarlas y otros miran hacia abajo y piensan qué harán: saltarán, se dejarán caer, caerán parados, sentados, darán un volantín en el aire, se lanzarán hasta el límite entre la piscina y la colchoneta, caerán al medio de la piscina.

En fin, hay múltiples posibilidades y siempre descubren una nueva.

Esta vez lo veo a Josué, un niño robusto y fuerte; siempre llega con entusiasmo, queriendo contar sobre lo que hará con sus amigos y con muchos deseos de empezar ¡ya! En oportunidades anteriores solicitaba mi presencia al lado de él mientras trepaba, a veces, tan sólo como compañía. Esta vez, lo veo concentrado en alcanzar su meta por sí mismo. Sin embargo, da la impresión de que algo, que no se ve a simple vista, lo jala hacia abajo mientras trepa las mesas poniendo primero sus manos, apoyando un codo, rozando el lado de la cara con la colchoneta y jalándose con una mano. Sube una pierna y la apoya de costado, intenta impulsarse, pero pareciera que el impulso no lo acompaña. Por un instante su expresión da la impresión de decir que no continuará, pero sigue en su esfuerzo. Quiere llegar a la "cima", lo tiene claro. En ese momento reacomoda su cuerpo, y sus movimientos lo llevan arriba de la mesa y rápidamente se arrodilla y se incorpora. Se siente más que bien y lo hace saber: se para erguido, sus hombros hacia atrás, en una postura poco usual en él. La mirada en alto, por encima de todo y de todos. Y dice dirigiéndose a sus amigos: "¡Miren subí! ¡Y sin la ayuda de Vivi!" Arriba, sus pies se movían con emoción, juntaba sus manos como sobándolas, como cuando uno se saborea y frota una mano con la otra diciendo ¡Qué rico!, la sonrisa y algo de risa se escapan de su boca. Es la emoción saliendo por todo su cuerpo. Lo siguiente fue saltar a la "piscina" para volver a trepar, esta vez con tal seguridad que su cuerpo robusto se veía ligero y una fuerza especial lo llevaba hacia arriba.

La experiencia de Josué es un ejemplo que nos muestra varios de los elementos implicados en la psicomotricidad: un niño apropiándose de su cuerpo, viviéndolo y transformándolo en la acción. El cambio de un movimiento pesado, que en su intento de subir a lo más alto pareciera jalarlo hacia abajo, ante la decisión, el coraje, la fuerza de voluntad y la meta alcanzada, se transforma en un movimiento ligero, un cuerpo liviano, que lo lleva a repetir, explorar y transformar la experiencia de trepar y saltar a su manera.

Cuando preguntamos ¿y tú, María José, qué plan tienes para hoy?, sabemos cuál será la respuesta "voy a construir una casita": sabemos que, como todos los niños, ella espera esa pregunta, porque le permite hacerse presente, reafirmar su deseo y expresarlo a los demás. Y sus compañeros saben ya a qué jugará María José hoy, pero todos escuchan con atención, cada quien con su interés: "Tal vez hoy me invite a construir con ella", "tal vez hoy se anime a jugar conmigo a los ladrones", "ya sólo faltan ella, una niña más y empezamos". Y cuando empieza el juego, el respeto de sus compañeros, al cuidar de no chocarse con la casa de María José, responde a una sensibilidad especial que tienen los niños. Por lo general, tan sólo para alguno de ellos será necesario hacerle ver con discreción dónde está la casa que construye María José y por dónde puede pasar al perseguir a su compañero de juego, para que todo fluya con naturalidad. El resto, lo tiene claro. María José,

como lo hace siempre, elige los cubos, cilindros, puentes y triángulos que usará para su casa, los dispone con cuidado, con calma, pareciera que mide mentalmente las distancias. Busca una a una las telas que cubrirán su casa y las extiende tomándola de los extremos y haciéndola volar por el aire para luego reposar en su casa. Sobre una pone una encima la otra y la combinación la satisface. De vez en cuando alguno de sus compañeros mira, como queriendo ser invitado a este lugar que se construye con tal sensibilidad que provoca ser parte de él. Finalmente, uno de los niños se anima a preguntar: ¿puedo entrar a tu casa? Maria José se ha dedicado todo el tiempo a construirla, pero no ha entrado a ella. Sin embargo, lo mira y acepta. ¿Qué planes tenía para su casa? ¿La construye para alguien? ¿Cómo es que acepta la entrada de uno y otro amigo? Ellos saben que Maria José le dedica tiempo a su construcción y entran con cuidado, con respeto, preguntando cuál podría ser su cama. Y ella, satisfecha, pensando cuál será el mejor lugar para cada uno, les va indicando dónde dormirán, colocándoles una tela para ello. Y sus compañeros aceptan felices; se sienten privilegiados. Y este es el inicio de un juego que se prolongará por varias sesiones. Maria José, ahora con la ayuda de otros niños y bajo su dirección, construye una casa para todos. Y sus compañeros aprenden de ella a disponer de los bloques las telas y el espacio, con calma y paciencia, pensando en cada detalle, de su acogedora casita.

Terminado el tiempo del juego, los niños pasan a escuchar una historia, lo que les permite ir tomando distancia del juego de movimiento para disponerse a hacer uso de la palabra y la representación a través de materiales de dibujo, construcción o modelado, para comunicar sus vivencias, ideas y sentimientos. Esto les permite acceder a otro nivel de pensamiento.

Estas son situaciones en las que los niños disponen de estructuras y materiales que les permiten trepar, saltar, rodar, equilibrarse, desequilibrarse, echarse, enrollarse sobre diferentes superficies que varían en la forma, tamaño, y a diferentes distancias y alturas. El permitirse construir, derrumbar, reconstruir y representar roles diversos en el juego, les da la posibilidad de poner en práctica habilidades cognitivas, sociales y motoras, y expresar emociones que son parte de su persona y que sólo pueden reformularse, y perfeccionarse, a través de la experiencia. Esta posibilidad de pasar del juego de movimiento libre a la representación y simbolización en un ambiente en el que el acompañamiento del adulto sostiene y contiene al niño, le permite acceder a un nivel de pensamiento más elaborado que le irá facilitando el acceso a aprendizajes más formales, como son la lectura, la escritura, y el uso de estrategias lógicas, así como acceder a una convivencia en la que la presencia de uno con relación al otro es armoniosa.

Gracias a Josué, a Maria José, a cada uno de sus compañeros y a las profesoras con quienes comparto estos momentos maravillosos. Me dieron la oportunidad de practicar la “espera paciente”, frase que he escuchado en más de una oportunidad, y que cobra sentido cuando te permites una actitud de escuchar realmente al niño y cuando aprendes a confiar en él; “la compañía desde la distancia”, con la mirada, con la voz, con el cuerpo; “la confianza en el otro” y de conocer más del gesto, de la expresión del cuerpo, de su lenguaje y del niño para ser mejor persona para mí, para ellos, para mis compañeros de trabajo, familia y amigos.

*Viviana Guerrero*

